

La guerra no occidental nunca existió

NON-WESTERN WARFARE NEVER EXISTED

Gabriela Rivera Acosta

Escuela Nacional de Antropología e Historia, Ciudad de México,
México

laura.rivera@enah.edu.mx

<https://orcid.org/0000-0002-2251-1544>

RESUMEN: De la misma forma que sucede en el resto de las ciencias humanas, los que nos hemos especializado en el estudio de la guerra, sabemos que la base de los conceptos, teorías y metodologías que han cimentado nuestras disciplinas tuvieron origen en las academias de Occidente y, así, obedecen los parámetros, necesidades y expectativas del propio Occidente. Quizá, este no resulte ser un problema para los especialistas en la guerra contemporánea, pero para quienes hemos volcado nuestros estudios en los conflictos entre sociedades antiguas fuera de Occidente —en mi caso, en sociedades amerindias prehispánicas—, implica un problema mayor.

Al generar Occidente estándares de la guerra y a partir de ellos crear una clasificación de lo occidental y lo no occidental, sustentada básicamente en la oposición entre lo secular, avanzado y complejo, frente a lo ritual, primitivo e incipiente, se han producido falacias sobre la guerra ocurrida entre las sociedades amerindias precolombinas y respecto a cualquier otra no occidental. Pues al tratar de encuadrar su guerra en un marco referencial dispar y completamente ajeno, se ha perdido buena parte de la realidad ontológica de la guerra como fenómeno cultural y social. De tal suerte, este ensayo busca reconocer los orígenes del problema, señalar su improcedencia y apuntar a un nuevo camino.

PALABRAS CLAVE: guerra occidental, guerra no occidental, decolonial, historia de la guerra.

ABSTRACT: As in the rest of the human sciences, those of us who have specialized in the study of war, know that the origin of the concepts, theories and methodologies that have cemented our disciplines originated in western academies, thus obeying the parameters, needs and expectations of the West itself. This may not be a problem for specialists in contemporary warfare, but for those of us who have focused our studies on conflicts between ancient societies outside the West—in my case, in pre-Hispanic Amerindian societies—, it is a major problem.

When the West generates standards of war, and from them creates a classification of the Western and non-Western, based basically on the opposition between the secular, advanced and complex, versus the ritual, primitive and incipient; fallacies have arisen about the warfare that occurred between pre-Columbian Amerindian societies and in any other region outside the borders of the West. For in trying to frame their warfare in a disparate and completely alien referential framework, much of the ontological reality of war, as a cultural and social phenomenon, has been lost. Thus, this essay seeks to recognize the origins of the problem, point out its inappropriateness and point to a new path.

KEYWORDS: Western Way of War, non-Western Way of War, decolonialism, history of warfare.

INTRODUCCIÓN

En un contexto social y político latinoamericano donde la lucha por un futuro decolonial y horizontal en diversos espacios sociales y académico es lo común, debería de sorprender que estas perspectivas y activismos políticos no tuvieran incidencia en el campo de las humanidades. La antropología, la lingüística, la pedagogía y la filosofía latinoamericanas son algunas de las ramas desde las que las ciencias sociales, humanas y antropológicas han tomado un rol activo y muy importante en esta revolución de pensamiento, gracias

a las nuevas posturas teóricas sustentadas en la crítica a conceptos y teorías aplicadas desde Occidente al sur global. Lo inapropiado e injusto de esta metodología que juzga a un sujeto de estudio desde la visión de otro que no solo le es completamente dispar, sino que, en la construcción de esta otredad, se define como superior y parámetro de estudio, indiscutiblemente nos debe llevar al cuestionamiento de lo que sucede o no sucede dentro de los estudios de la guerra y los conflictos armados.

Como especialista en las guerras en las sociedades amerindias prehispánicas –y en específico de la guerra maya– a lo largo de mi vida profesional, en la que me he desarrollado como historiadora y antropóloga de la guerra, he podido reconocer la importancia y la imperiosa necesidad de renovar nuestra disciplina. Es fundamental refrescar nuestros conceptos, remover los paradigmas y generar nuestra propia ciencia para, con ello, ser más justos no solo con nuestros sujetos/objeto de estudio, sino también con la cultura referida, con nosotros mismos y nuestra ciencia. Así, la intención de este ensayo que toma como base la problemática de la guerra en la amerindia precolombina, es el cuestionamiento de las prácticas colonialistas, el señalamiento de sus costos académicos y sociales, e invitar a la construcción de nuevos caminos teóricos e ideológicos que pongan a nuestra área de estudio a la vanguardia de las ciencias humanas. Cuestionar las formas de representación de la guerra entre las sociedades antiguas no occidentales, a quienes la academia mucho les debe, y generar una narrativa que nazca de ellas mismas y que forme parte de una narrativa más amplia: la narrativa decolonial de la guerra, desmarcada del inadecuado término de *guerra no occidental*.

OCCIDENTE Y EL IMAGINARIO DE *LA GUERRA NO OCCIDENTAL*

La construcción semántica de la guerra como concepto, por Occidente, desde sus principios fue erguida en los pilares de los parámetros de

lo propio, sinónimo de lo avanzado, lo correcto y lo justo. Desde este polo, se miró con desdén a la otredad que sostenía los mencionados pilares: otredad como sinónimo de lo salvaje, lo precario y lo primitivo. Una otredad que debía ser conquistada no solo en el ámbito político y cultural, sino también en el intelectual y en su propia construcción e identidad. De tal suerte, la guerra practicada por sociedades no occidentales, como expresión cultural y objeto de estudio, fue sujeto de colonización. Los efectos de la visión etnocentrista del mundo se perpetuaron en un imperialismo académico que ha llegado hasta nuestros días. Pues, como lo señaló Borja Antela Bernández, es probable que desde bastante tiempo atrás, los estudios de la guerra han fungido como ejemplo o parámetros para generar modelos de comprensión (13-14).

Para dar un breve contexto, es importante señalar que la guerra en las sociedades amerindias de los siglos XV y XVI era vista por los conquistadores como un acto de violencia primitiva a diferencia de la propia, visión que obedeció a la barbarización del hombre amerindio y sus prácticas socioculturales. Los peninsulares encontraron en América el terreno idóneo para replicar la idea del salvaje medieval, que ya se tenía bastante bien consolidada. Esta salvajización convirtió a las sociedades del Nuevo Mundo en sujetos de conquista y esclavitud (Rivera-Ayala 48-49). Por ello, resulta absurdo que hoy en día esos presupuestos sean el sostén de las metodologías de los estudios de la guerra entre sociedades amerindias prehispánicas y de cualquier otra no occidental.

Los innumerables intentos por crear un concepto global de la guerra, al igual que el pronunciamiento de la Historia Militar como baluarte de su cimentación, responden únicamente a una visión falaz de la guerra, pensada como un fenómeno único, viable de ser explicado desde una globalizante definición que homogeniza un suceso social complejo. Pues, lo cierto es que la guerra es mucho más que la violencia organizada de Clausewitz ([1832] 1977) y mucho más que un acontecimiento obvio y natural. En realidad, por guerra, como conflicto armado, debemos entender un fenómeno histórico-social

que obedece a contextos culturales, políticos, filosóficos, económicos, sociales, ontológicos y temporales. No es solo un acontecimiento histórico, sino un hecho cultural, cuyo espíritu y formas se someten al mismo espíritu y formas de la sociedad que le engendra (Medina Echavarría 9).

Para ahorrarnos un largo paseo por la historiografía de la guerra, vayamos directo a los inicios de los estudios respecto a sociedades amerindias. Turner-High, con su obra *Primitive War* (1971 [1949]), fue el primer historiador militar en aventurarse en el estudio de las sociedades antiguas no occidentales. En su libro se puede reconocer un claro perfil metodológico moldeado por la visión eurocentrista. En su obra, Turner-High planteó la premisa de la “guerra real” versus “la guerra ritual”, que se sostuvo en la idea de una guerra secular y letal frente a una guerra ritual propia de sociedades no estatales, como base de su propuesta teórica. Como bien dice el refrán, “la rama no cae lejos del árbol”, esta misma postura fue retomada y reelaborada por un sinnúmero de especialistas en la guerra desde mediados del siglo pasado hasta el día de hoy. Es verdad que los objetivos, perspectivas y sujetos de estudio se han modificado con el paso del tiempo, pero la base de pensamiento se ha mantenido. No fue sino hasta mediados del siglo XX que, obedeciendo el impulso de las corrientes historiográficas del momento, nació la Nueva Historia Militar con su precursor y gran exponente John Keegan. Este autor, en busca de reformar los objetivos de la disciplina, volteó la mirada al soldado, a las circunstancias y vivencias del combatiente: lo que llamó “el rostro de la batalla”. Así, se formularon nuevos planteamientos críticos a los viejos objetivos que permitieron concebir nuevas formas de estudio y, sobre todo, nuevas formas de pensar la guerra que dieron cabida a explicaciones alternativas a evidencias arqueológicas, iconográficas, históricas, lingüísticas y demás; lejanas a los clásicos modelos militares (Arkush y Stanish 6). Y aunque esta nueva corriente aportó una perspectiva más social a nuestra materia de estudio, la base teórica conceptual no cambió en nada, y se continuó perpetuando por importantes exponentes de la talla de Hanson, Chailand y Hables Gray.

La Nueva Historia Militar tuvo entre sus propuestas más importantes la invención de dos grandes categorías de estudio que implicaron un entendimiento y clasificación de la guerra, que resultó un parteaguas en su estudio: la *Western* y *Non-Western Way of War*, que solemos llamar en español “la forma occidental de hacer la guerra” y “la forma no occidental de hacer la guerra, o bien “la guerra occidental” y “la guerra no occidental”. Como es fácil de advertir, esta clasificación de una naturaleza claramente jerárquica, donde “lo occidental” es el parámetro, se propuso reconocer y estudiar la diversidad de la guerra, pero no desde la misma diversidad, sino desde una mirada eurocentrista. Es importante señalar que Hanson, creador de la *Western Way of War*, generó dicho modelo desde y para el mundo griego, donde la guerra se caracterizó y distinguió del resto por la llamada “batalla campal”, un encuentro decisivo a campo abierto. Esta distinción fue solo en términos prácticos, pues a lo largo de su obra caracterizó a la *guerra occidental* como de política laica, racionalista y con una clara separación entre belicosidad y religiosidad (Borja Antela Bernández 17-18). Este modelo, propio de las civilizaciones de la antigüedad, ha sido usado como base para el estudio y comprensión de la guerra, y como estandarte ideológico de la guerra occidental. De hecho, ha sido llevado a tal punto que fundamentó una ideología de superioridad militar que dio justificación al control militar del mundo por Occidente, “enraizado” en el concepto de *Western Way of War*, como fórmula de sustentación de ideologías coloniales (Borja Antela Bernández 19).

Así, se propuso que, a partir de la guerra occidental —una guerra concebida como compleja, avanzada y bien lograda— se distinguiera el resto de las formas de hacer la guerra, las formas no occidentales. Entonces, por *guerra no occidental* se entendía a aquella considerada como conflicto menor, de la que incluso se puso en tela de juicio si es que era adecuado llamarle “guerra”. Se aseguraba que estos conflictos aquí encuadrados presentaron el mismo bajo grado de complejidad que el de las sociedades a las que correspondieron, claramente con una perspectiva evolucionista. Generando con ello un concepto an-

quilosante, primitivista y homogeneizador sin importar la diversidad, pluralidad y disparidad de las formas de hacer la guerra alrededor del mundo. Aquí el problema no es el postulado original de la *Western Way of War*, sino de las implicaciones de su uso en otros contextos. Y es que sin importar el rechazo del autor a asociar el éxito bélico griego con el determinismo geográfico o cualquier postulado racial, Hanson no pudo prever el posterior uso de corte supremacista y colonialista para justificar el dominio militar y político de Occidente. Cabe aclarar que el problema nunca ha sido que el alcance del poder bélico de Occidente sea superior al de otras regiones, sino el discurso que alimenta dicha superioridad; es decir, lo que ha colocado a Occidente como medida de todas las cosas. Entonces, si Hanson atribuyó a la guerra occidental un carácter racional, de alto nivel organizacional donde la separación entre culto y política supone un atributo altamente positivo (30- 40); esto, de manera deductiva, implica que toda la guerra practicada por culturas no occidentales careció de estas virtudes.

Dentro de la categoría de lo no occidental, surgió la *nonstate warfare* o “guerra no estatal”, con el objetivo de dar cabida a todo tipo de guerra llevada a cabo por las sociedades que se consideraron primitivas y consecuentemente, preestatales, situación que naturalmente les impedía hacer la guerra como Occidente. Así, en este saco primitivista se introdujo toda violencia organizada que bajo sus estándares se juzgó como guerra no “verdadera” por su bajo nivel de complejidad. Por ende, se les atribuyeron calificativos como: “ritualizada”, “*gamelike*”, “incipiente”, “inefectiva”; opuestos a la letalidad, eficacia y secularidad distintiva de la forma occidental de hacer la guerra, señera de su capacidad, reflejada en la dominación global de Occidente (Arkush y Stanish 10).

El fenómeno de la ritualización de la violencia institucionalizada, de postulado colonialista como parte de un planteamiento teórico eurocentrista, sugirió una relación intrínseca entre el Estado y la guerra. Ahora bien, el mito de la guerra no occidental, en un primer momento, generó cuestionamiento en los estudiosos de las sociedades

amerindias, pero tristemente no respecto a la propuesta teórica, sino solo de las capacidades de sus sujetos de estudio y los alcances de sus conflictos (Otto 23). Así, se continuaron alimentando categorías, estadios evolucionistas, constructos y adjetivos dispares a la realidad, sin siquiera darse cuenta del error.

Podemos tomar las obras de grandes autores, clásicos de los estudios de la guerra, como ejemplo de la problemática del posicionamiento de Occidente como superior en los estudios de la guerra. En algunos autores influenciados por Keegan y Hanson, y en otros incluso previos a las obras de este célebre par, la ideología de la superioridad de Occidente y su guerra es innegable. A principios de los sesenta, William H. McNeill, en *The Rise of the West: a History of the Human Community* (1963), abordó la interacción entre la tecnología militar y los esquemas políticos, una visión completa respecto a las sociedades y su capacidad para sostener y desarrollar sus fuerzas armadas. Allí, el autor reflexionó sobre la importancia de la violencia y la guerra en la sociedad y su política, de entre lo que resalta una novedosa visión respecto a los aspectos psicológicos del hombre en la guerra y su impacto en la innovación. En lo que refiere a nuestra discusión, McNeill señala, en el primer capítulo de su obra, la implementación de la metalurgia en el Paleolítico como un marcador de la industrialización del conflicto armado, y la introducción del hierro, dos mil años más tarde, como la primera gran revolución de la guerra. Sin duda, su trabajo es excelente, pues muestra cómo es que el estudio del conflicto permite comprender el devenir de la sociedad. Pero ¿qué sucede cuando una sociedad no pasa por los mismos procesos tecnológicos e histórico-culturales que los de una sociedad contra la que es medida y comparada? Bueno, es claro que McNeill pretendió dar sentido y razón al “ascenso de Occidente”, con ello permitiéndonos reconocer que “la historia de la comunidad humana”, a sus ojos, es la historia de la comunidad de Occidente. Una situación muy similar es la que podemos ver en la afamada *States, War and Capitalism: Studies in Political Sociology* (1988) de Michael Mann, quien casi dos décadas después de McNeill propuso que la medida para entender la guerra y

su complejidad en esta ocasión no sería la tecnología, sino el Estado como institución social. En este caso, la pregunta es qué sucede con las sociedades no estatales, porque este concepto históricamente ha sido implementado para clasificar el nivel de complejidad de una sociedad en términos evolucionistas –léase racistas– y colonialistas. En el caso de ambas obras, los autores generaron modelos de estudio basados en estándares occidentales que, inequívocamente, al ser aplicados a sociedades no occidentales como las amerindias, colocaron a estas últimas en un estado de primitivismo, pues no tuvieron cabida dentro de los modelos planteados. En el estudio de la guerra, esta medida ha supuesto dos resultados: adjudicar una categoría primitivista o buscar y forzar la realidad de estas sociedades para que encuadren en una realidad que les es dispar.

En una situación muy similar, a finales de la década de los noventa, podemos ubicar la obra de Geoffrey Parker, *The Cambridge Illustrated History of Warfare: The Triumph of the West* (1995), donde se expone “el triunfo de Occidente” como sinónimo de la historia de la guerra. Esta premisa es más que clara a lo largo de la obra, pues Parker únicamente mencionó América para referir a su conquista como parte del recorrido histórico por la historia de la guerra occidental. Quince años más tarde, Daniel R. Headrick reitera la importancia de la tecnología armamentista en la historiografía de la guerra, pues su obra enfatiza la trascendencia de estudiar las estrategias de emulación de las tecnologías occidentales por parte de las sociedades alguna vez sujetas al imperialismo europeo. En *Power Over Peoples. Technology, Environments, and Western Imperialism, 1400 to the Present* (2010) esencialmente en los capítulos cuatro al siete, ahonda en la importancia de las tecnologías resultantes de la Revolución Industrial, en la expansión del llamado Segundo Imperialismo y demuestra cómo es que dichas tecnologías –armas de fuego, medicina, barcos de vapor, etcétera– fueron la punta de lanza del nuevo imperialismo sostenido por la modernidad industrial. Si bien las premisas de las obras de Parker y Headrick no son incorrectas, el problema es que alimentan un modelo eurocentrista del estudio y entendimiento de la guerra,

pues no concibieron otras ontologías y formas distintas de hacer la guerra sin calificarlas como inferiores a las formas occidentales, causal de la supremacía de Occidente en el control global.

De esta forma, los historiadores de la guerra occidentales hicieron patente su declaración etnocentrista del modelo ideal de la guerra, donde Occidente era la vara para medir lo inferior, que era todo aquello que no comprendía sus fronteras. La dicotomía aquí es también entre lo secular y lo ritual, incluso Occidente pagando el costo de dejar de lado la parte ontológica de su propio pasado bélico.

LA GUERRA NO OCCIDENTAL NUNCA EXISTIÓ

Conuerdo con la creencia de Whitehead (55; cit. en Pérez 13) respecto al que a pesar de que la violencia es tanto un fenómeno omnipresente, antiguo, variado y un hecho central en la vida humana, como, en general, uno poco comprendido. Por ello, vale preguntarse: ¿qué tanto ha sido estudiada la violencia como un fenómeno cultural? Pues la guerra, como variante de las diversas formas de la violencia, no es un conjunto de variables, sino un muy intrincado entramado sociocultural. El subestimar o desestimar todo lo que ella es solo resta a su entendimiento como expresión cultural (Pérez 14).

En un trabajo anterior, nos señalé a los historiadores y todos aquellos involucrados en las ciencias antropológicas como hostigadores de las sociedades amerindias, su historia y su cultura, pues las hemos estado violentando con preconcepciones negativas relacionadas a la adjudicación, consciente o inconsciente, de categorías primitivistas que naturalmente han recaído en la percepción de su guerra y cualquier tipo de violencia armada organizada, así como de sus motivaciones, efectos y defectos, sus causas y sus formas (Rivera). Todo esto claramente ha repercutido no solo en la percepción de la violencia y la guerra, sino también en su estudio. Como Clastres lo señaló en su momento, el discurso de la guerra no solo es parte del

discurso de la sociedad, sino que es lo que la dota de sentido. La idea de la guerra es el parámetro de entendimiento de la sociedad referida (*Arqueología* 16-17).

Para entender mejor el fenómeno, podemos explorar algunas de las construcciones falaces respecto a la invención de la guerra no occidental. Una de las primeras y más fuertes propuestas nace de la idea de que las sociedades amerindias se desarrollaron con base en una economía de subsistencia, en la que su economía y desarrollo era tan precario que apenas lograban hacerse de los suministros indispensables para su propia supervivencia. Esto los habría dejado a merced de los caprichos de la naturaleza o cualquier pequeño imprevisto que les resultaría catastrófico. Así, se dedicaban meramente a sobrevivir, pues no tenían la capacidad de obtener excedentes dada su precariedad tecnológica y cultural. La economía de subsistencia tuvo su origen en el campo ideológico de Occidente, lo que traduce los hábitos y actitudes de los observadores de Occidente frente a los grupos “primitivos” y no la realidad amerindia, pues carece de un marco conceptual propio de la ciencia (Clastres, *The Western* 13-14).

En relación con la guerra, la “economía de la miseria” provocó escasez y debilidad en las fuerzas de producción, lo que causó la competencia entre grupos por la apropiación de los escasos recursos y los llevó inevitablemente al conflicto armado (Clastres, *Arqueología* 24). De corte economicista, la guerra entre sociedades no occidentales fue definida por sus teóricos como “una disputa por la fuerza sugerida entre agrupaciones políticas, bajo la acción de una competencia vital [...] De este modo, la importancia de la Guerra dentro de un grupo varía en proporción directa a la intensidad de su competencia vital” (Davie 78). Esto, sin embargo, es completamente falso, pues los que conocemos la región entendemos que los amerindios no vivían con estas limitantes. Por el contrario, sabemos del complejo manejo que tenían sobre todos los recursos, saberes y tecnologías empleadas para la manipulación, control y explotación de su medio. Pensar la acumulación de excedentes como riqueza entre los amerindios prehispanicos es anacrónico, pues no existía entonces un pensamiento

similar al capital –aquí de nuevo se presenta el problema de medir con una vara ajena a culturas dispares–.

Otra postura controversial proviene del discurso naturalista, que sostiene que la violencia es intrínseca al comportamiento humano como especie (Clastres, *Arqueología* 18). Sin necesidad de profundizar en esta teoría, refutarla es bastante sencillo, pues sabemos bien que la guerra no es una parte biológica constitutiva de nuestra especie, sino que proviene del ser social y que es la cultura quien define y moldea a la violencia y su guerra (Clastres, *Arqueología* 23). El hombre social no pertenece al orden de la naturaleza, sino al de la cultura, y de esa misma forma es cómo funciona su guerra.

A finales del siglo pasado, diversos investigadores fueron notando, poco a poco, que los datos y las interpretaciones no tenían correspondencia entre sí. En variados estudios, se señalaron los errores teórico-metodológicos con los que se habían venido trabajando sus objetos de estudio, que era la guerra en sociedades amerindias. Así, la construcción de una supuesta guerra no occidental creada por Occidente se comenzó a desmoronar. En 1997, Topic y Topic argumentaron en contra de la dicotomía entre guerra ritual y guerra por territorio a partir de sus datos en la región andina, al señalar que apunta a una clasificación de lo menos y lo más ritualizado, lo que solo resta a los estudios (575). Según los autores, esta visión exógena de la guerra no es aplicable en el área –andina en este caso– y las analogías con otras culturas tan disímiles resultan inapropiadas. Carman por su parte, pronto dio cuenta de la falacia ideológica que diferencia la guerra occidental de la no occidental, la cual consiste en creer que el alto nivel de control en el campo de batalla se debe a la racionalidad del implicado, lo que niega, además, la posibilidad de la existencia de elementos rituales en su guerra (ver Keeley, Webster, Arkush y Stanish 10). Al respecto, para Hassig, solo es necesario dar una mirada certera a la guerra en cualquiera de las sociedades amerindias para poder reconocer que los llamados conflictos formales pueden coexistir con variantes rituales para entremezclarse en uno

solo, aun teniendo significativas consecuencias en la política como los conflictos armados occidentales las tienen.

Estas reflexiones propiciaron otras nuevas, que en la última década han sido más profundas. Uno de los ejercicios de reflexión más atractivos, a mi parecer, es el de González y Llantén, quienes presentaron una profunda introspección respecto a la nomenclatura de nuestra especialidad, pues siendo sinceros, el hablar de Historia Militar remite a conceptos y estándares occidentales que constan con instituciones militares, cuando en el resto del mundo no podemos hablar de la presencia de estas, aun cuando sí hay instituciones o sistemas organizativos de la guerra. Los autores parten de una base teórica interdisciplinaria de la que tomaron parte especialistas como Wittgenstein, Gadamer y Koselleck, y enfatizan la pertinencia, si no es que la necesidad, de llamar a nuestra especialidad “Historia de la Guerra”. Esto, pues “militar” y “guerra” son un falso cognado que en términos semánticos tiene importantes implicaciones: el primer término implica una vinculación institucional-estatal, como ya se mencionó, mientras que el segundo es más incluyente, pues apunta a una actividad social (González y Llantén 20-21).

La crítica por parte de González y Llantén a la Nueva Historia Militar puede tomarse como uno de los marcadores del inicio de una nueva etapa en la investigación de la guerra, no solo en lo que refiere a las sociedades amerindias, sino una era de deconstrucción de la propia disciplina y de reformulación de todas sus líneas de investigación. Tal y como señalan los autores, no es posible seguir sosteniendo la misma tibieza con respecto a la crítica de los modelos clásicos y la necesidad de redefinir la conceptualización de la guerra (González y Llantén 33). De entre sus reflexiones, una de las más útiles para lo que este ensayo respecta es la de reconocer la ineficacia de los planteamientos teórico-metodológicos occidentales para estudiar la guerra entre sociedades con modelos organizacionales diametralmente dispares, en donde las figuras partícipes en el conflicto no presentan el mismo valor institucional-político (González y Llantén 33-34). A lo que, personalmente, añadiría que tienen una ontología y presentan

un entramado sociocultural disímil, que se refleja y repercute en la guerra entendida como una institución y fenómeno cultural.

Ya en *Orientalismo*, Said expuso la imposición de una perspectiva occidental y un modelo ideal marcado por la *Western Way of War* y, en su caso, sobre el mundo oriental concebido como uno sumiso, inamovible, monolítico y subyugado por la religiosidad. Todos estos factores que le alejaban del éxito de la racionalidad. En su obra, Said puso al descubierto las estrategias del poder de dominación y condicionamiento del imaginario artero que Occidente construía sobre Oriente. Esto se debe a que, cuando Hanson creó la forma cultural de Occidente de hacer la guerra, al mismo tiempo definió la esencia cultural de Occidente a través del tiempo y, por consiguiente, se definió como un contrario complementario a las formas no occidentales del hacer la guerra (Borja Antela Bernández 16).

Hace solo cinco años, J. C. Sharman publicó *Empires of the Weak: The Real Story of European Expansion and the Creation of the New World Order* (2019), donde expuso un claro eurocentrismo sostenido con el uso de conceptos como “éxito”, “eficiencia”, “dominación”, “homogeneidad” y “competencia”, que reiteran constantemente una propuesta lineal de evolucionismo social. Esta propuesta, si bien busca superar la Revolución Militar de Parker –al dar importancia a temas culturales y señalar la interdisciplina como la metodología ideal, así como meter a la discusión y como actores principales a África y Asia; pues interesantemente deja de medir los cambios sociales a lo largo de la historia a partir de lo sucedido en Europa–, no deja de lado el evolucionismo que mide a partir de un estadio tecnológico superior, propio de Occidente. Ejemplo de ello es la forma en que aborda el caso de la guerra mapuche: por un lado, se maravilla de que, a pesar de la falta de un Estado centralizado y el uso de arco y flecha, no hayan sido conquistados. Pero, por el otro, considera la toma de elementos de la guerra occidental –dígase el caballo y las armas de fuego– como la principal causa de su supervivencia, mostrando así una categorización tecnológica y sociopolítica de supremacía occidental. Ahora bien, el problema no es que se nieguen las capacidades del arma de fuego sobre

el arco y la flecha, sino que debería de entenderse la interacción de ambas tradiciones y sus implicaciones. Y aunque Sharman apunta el sesgo ideológico de la Revolución Militar, critica la linealidad de los estudios previos e incluye las sociedades asiáticas y africanas, lo hace solo a partir del momento en que se les considera modernas, cuando Occidente ha influido en ellas, como si los efectos del imperialismo dieran legitimidad al mundo no occidental de ser parte de la Historia.

Cuando se habla de *guerra amerindia* o *guerra de oriente* no deberíamos de buscar una clasificación, un modelo con parámetros a cumplir, como se ha venido haciendo con la guerra occidental. Lo que deberíamos buscar, en cambio, es pensar en la diversidad, en las particularidades, en los efectos del tiempo y el devenir social, económico, político y tecnológico de la historia humana, pero no para generar marcadores lineales con perspectivas evolucionistas, sino para comprender y buscar lo profundo, la riqueza de cada caso y el valor propio.

El porqué del rechazo al término de *guerra no occidental* puede leerse entre las líneas arriba escritas, pues si he reiterado lo desafortunado del estudio de la guerra a partir de un modelo occidental, se nos obliga a reconocer otras regiones y particularidades que, hasta cierta medida, pueden compartir una historia en común. Asia, Medio Oriente, Amerindia, África y Oceanía no pueden aglutinarse simplemente como una homogeneidad “no occidental”. Esto ha generado teorías, metodologías y sustentado ideologías falaces que no han aportado más que postulados supremacistas a los estudios académicos, afectando a sociedades históricamente racializadas. Aceptar la dicotomía guerra occidental versus guerra no occidental es legitimar a Occidente como la medida de todas las cosas y concebir que el mundo fuera de estas epistemologías legitimadas por ellos mismos ha generado juicios y categorías arteras en el estudio de la guerra del resto del mundo.

Después de estas líneas, me surge la idea de que, si todo este imaginario de la guerra creado por Occidente es falaz, entonces debemos entender que, por fuera del concepto, la guerra no occidental nunca existió.

LOS NUEVOS CAMINOS

Hasta aquí, he hablado del surgimiento y consolidación de la guerra no occidental, así como he justificado que esta no es más que un concepto creado por y para Occidente, en seguimiento de justificar el imaginario supremacista de Occidente; y que, en la realidad, lo que ocurre de este lado del mar, en específico entre sociedades amerindias prehispánicas, es un fenómeno distinto que nos toca a los especialistas del sur global y/o en el sur global encontrar. Mi propuesta es definir a la guerra por sí misma, no desde un parámetro ajeno, sino encontrar los caminos y metodologías para cada región, periodo y cultura. El punto, entonces, es cambiar el discurso.

Como he mencionado ya, diversos autores han reconocido la necesidad de extender la perspectiva tradicional y generar nuevas metodologías, pero ampliar las temáticas de estudio incluyendo temas de demografía, religión, aspectos psicológicos, económicos, simbólicos, etcétera, como si se tratase de hacer historia cultural no es la solución. Así tampoco la multidisciplinariedad, aunque efectivamente esta última haya abierto nuevas posibilidades y temas de estudio. El problema es que, si el discurso de fondo no se cambia, entonces únicamente se amplían las posibilidades para replicar ideologías de la exclusión. De principio, hay que tomar conciencia de los sujetos y región que se estudia, y cuando estudiamos culturas que no tienen cabida en la *Western Way of War* tenemos que ser conscientes de que son grupos mayormente racializados, discriminados, impactados por la colonización o imperialismo y que, por tanto, sostienen una larga historia de violencia epistémica, política, económica, racial y cultural. Cuando demos cuenta de ello, podremos entender que la manera de abordar sus formas de hacer la guerra no puede ser desde el mismo yugo académico e ideológico que han cargado históricamente.

En su momento, Quezada señaló la importancia de incluir los aspectos ideológicos en el estudio de la guerra, cuando de sociedades antiguas se trata, aunque esto no implica incluirlos simplemente como si se tratase de redactar un artículo o un capítulo sobre aspec-

tos rituales y religiosos a una investigación, sino de entender que la guerra en sociedades del mundo antiguo es ideología y rituales, religión y cosmología, al mismo tiempo que es logística, y armamento, sistemas de mando y avituallamiento (13). Así, en cada región la guerra habrá de definirse por sí misma y desde ella misma. Para mi caso de estudio, difiero de la propuesta de Cervera respecto a la Guerra Amerindia como el resultado de la suma de investigaciones de diversas disciplinas antropológicas y la Historia, pues afirma a esta como la última de tres etapas por las que ha pasado el estudio de la guerra en sociedades mesoamericanas, la cual caracteriza como “una forma más holista en donde la operatividad y la cosmovisión [...] están en una misma sintonía” (82, 87-89). La guerra de una región no debe definirse como una metodología. Por el contrario, deberá por sí misma ir definiendo su correcta metodología y teoría. La Guerra Amerindia es una guerra que refiere a los conflictos realizados por las culturas nativas del territorio amerindio, que, en su desenvolvimiento, expresan una concepción propia de la guerra y una cosmología que la define como tal. Por ende, su estudio deberá conllevar un estado de conciencia sobre la descolonización del imaginario de la guerra y un posicionamiento político, teórico y metodológico que van más lejos de lo que “un tema novedoso” puede ofrecer.

En 2018, en mi tesis doctoral, inicié este debate al darme cuenta de que las propuestas teóricas para el estudio de la geopolítica maya, siendo las guerras por territorio la propuesta más aceptada entre los mayistas en términos generales, no cobraban sentido en relación con los datos arqueológicos y lo que puede verse en el mapa. Así, comencé a cuestionar los términos de territorio, frontera, poder y otros vinculados, pues si la guerra era de corte expansionista, habría que entender primero lo que la territorialidad implicaba en la ontología maya precolombina. Los resultados de esta indagatoria, que ahora no tiene mucho sentido abordar, me permitieron dar cuenta de que, si la ontología de territorio y propiedad eran disímiles a los conceptos con los que se estudiaban, entonces el estudio de guerra maya debería de estar pasando por una situación similar; y así fue. De tal suerte, di

cuenta de que, efectivamente, equivocarse con respecto a la guerra y sus formas es equivocarse por completo con la sociedad, su cultura y su historia. En palabras de González y Llantén:

El punto de vista que elaboramos con respecto a la guerra, a su configuración e interpretación, se relaciona directamente con esa forma de concebir y desarrollar el ejercicio de la violencia en las sociedades humanas, incluidas todas sus aplicaciones y vinculaciones posibles (27).

En efecto, buena parte del prejuicio es consecuencia de una metodología de estudio errática, que acostumbra comparar y aplicar términos occidentales para, literalmente, medir sociedades que se encuentran fuera del marco de Occidente y que resultan diametralmente dispares; no más complejas, ni más primitivas, no más rituales ni más seculares, no más precarias ni más ricas: solo son ellas mismas.

La intención de este texto no es una crítica al trabajo de Keegan y Hanson, sino la elaboración de una crítica dirigida a la aplicación de sus modelos a sociedades no concebidas en ellos; es decir, a la clasificación de la guerra a partir de parámetros que sus obras han creado: categorías racistas y evolucionistas que solo crean criterios falaces de la historia de las otredades. El objetivo, entonces, es incentivar a una autocrítica del quehacer de las disciplinas enfocadas al estudio de la guerra, repensando las bases teóricas e ideologías con las que realizamos nuestros estudios. Por ello, no se pretende el abandono de temas clásicos y mucho menos de la *Western Way of War*, pues la guerra occidental existe y seguirá existiendo, pero sí advertir que la *non-Western Way of War* debe ser entendida como un invento del pensamiento colonialista, que efectivamente se debe abandonar a toda costa.

A mi parecer, la autocrítica es lo que nos permitirá seguir adelante como una disciplina vigente, pues nos obliga a renovarnos y generar cosas nuevas. La necesidad, entonces, de entender a la guerra como un fenómeno más amplio y plural que el concebido por Occidente

debe de alimentarse de la intención de entender la guerra desde ella misma, desde la sociedad y cultura que la engendra y en sus propios términos y ontologías. Por ello, tener en cuenta las pretensiones de nuestras investigaciones, a mi parecer, debería sostenerse en la reivindicación del pasado amerindio, en el abordaje de su verdadera historia, dejando atrás los dogmas, los conceptos, las categorías y los mitos que la violentan, sin importar de dónde vienen. El futuro de la Historia de la Guerra no tiene murallas, porque en el pasado ya se levantaron todas; ahora nos resta seguir derribándolas. Con ello, debo advertir la necesidad de hacer una distinción ontológica entre los conceptos de estudio y las realidades socioculturales del grupo a estudiar, su entendimiento y el análisis desde sí mismas. Los objetivos de esta reflexión metodológica son dar fin a las precondiciones del llamado conocimiento histórico y lograr, hasta donde nos sea posible, la realidad ontológica de la guerra en sociedades amerindias. Con la misma intención que Navarrete impulsó la Cosmohistoria (7): hay que aspirar a interrelacionar, cimentar vías de acercamiento a ontologías ajenas a Occidente, caminos que hagan inteligible la relación entre estas formas distintas de ser y hablar.

Esta propuesta no solo obedece a la necesidad de innovar, sino también a la de mantenerse vigente y seguir generando conocimiento, pues la información referente al avituallamiento, ataques, cargos y la logística en sociedades amerindias precolombinas con la que contamos es bastante limitada, por no hablar de las tácticas y sistemas de armamento, donde la información es casi nula o incluso inexistente para temas como “el rostro de la batalla”. Sin embargo, hay que seguir las necesidades y caminos que nos marca nuestro propio sujeto de estudio y generar tendencias con las herramientas que tenemos.

En lo personal, estas reflexiones me llevaron en su momento a cuestionarme, para y desde mi tema de estudio, si es que lo que hemos venido llamando guerra en realidad no lo es tal, remitiéndome al origen, valor y semántica de la palabra como concepto (Rivera 532). Después, me di cuenta de que estaba buscando en el concepto erróneo y entonces abandoné la *guerra no occidental* y abracé la *guerra*

amerindia, en seguimiento de las reflexiones previas realizadas por Arkush y Stanish, Clastres, Olivier, Otto, Topic y Topic, Trimborn y Trigger, entre muchos otros, al respecto. Esto me permitió desenvolverme con libertad y mirar sin filtros mi tan rico objeto y sujetos de estudio. Pues la guerra amerindia es un fenómeno social, violento, filosófico y ritual al igual que la guerra, pero también tan particular y diferente en sus funciones, objetivos y ontología, que nos lleva a entenderla como un fenómeno diferente (*ibid.*), cuando no lo es: solo es una expresión distinta de ella misma. Pues es la guerra, como acto violento, un componente natural del ser humano como ser social, y no algo propio de las acciones históricas (Pérez 14). La guerra es un producto humano y debemos humanizarla.

REFERENCIAS

- ARKUSH, ELIZABETH Y CHARLES STANISH. "Interpreting Conflict in the Ancient Andes. Implications for the Archaeology of Warfare". *Current Anthropology*, vol. 46, n.º 1, 200, pp. 2-28.
- BORJA ANTELA BERNÁRDEZ, IGNACIO. "The Western Way of War. Un modelo a debate". En Jordi Vidal Palomino y Ignacio Borja Antela Bernárdez (eds.), *La guerra en la Antigüedad desde el presente*, Zaragoza, Libros Pórtico, 2011, pp. 141-162.
- CARMAN, JOHN. "Beyond the Western way of war: Ancient battlefields in comparative Perspective". En John Carman y A. Harding (eds.), *Ancient warfare: Archaeological perspectives*, Sutton, Phoenix Mill, 1999, pp 39- 55.
- CERVERA OBREGÓN, MARCO ANTONIO. "Historia Militar y la nueva antropología mexicana: revelando las formas amerindias de hacer la guerra, el caso del centro de México", *Atenea, revista de la sociedad española de historia militar*, vol. 2, n.º 1, 2024, pp. 81-96.

- CHALIAND, GÉRARD. *Guerras y civilizaciones. Del Imperio asirio a la guerra contemporánea*. Barcelona, Paidós, 2007.
- _____. *The Art of War in World History: from Antiquity to the Nuclear Age*. Los Angeles, University of California Press, 1994.
- CLASTRES, PIERRE. *Arqueología de la violencia: La guerra en las sociedades primitivas*. Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 2004.
- _____. *La sociedad contra el Estado*. Barcelona, Monte Ávila Editores, 1978.
- CLAUSEWITZ, KARL VONG. *De la guerra I. Sobre la naturaleza de la guerra, la teoría de la guerra, de la estrategia en guerra*. Ciudad de México, Editorial Diógenes, [1832] 1977.
- DAVIE, MAURICE. *La guerre dans les sociétés primitives*. París, Payot, 1931.
- GONZÁLEZ PUEBLA, CRISTIÁN Y NICOLÁS LLANTÉN QUIRÓZ. “Una teorización pendiente: Reflexiones para la construcción de un concepto de Historia de la Guerra”. *Casus Belli*, n.º 2, 2021, pp. 13-37.
- HABLES GRAY, CHRIS. *Post Modern War. The New Politics of Conflict*. Nueva York, The Guilford Press, 1997.
- HEADRICK, DANIEL. *Power Over Peoples. Technology, Environments, and Western Imperialism, 1400 to the Present*. Princeton, Princeton University Press, 2010.
- HANSON, VICTOR DAVIS. *Carnage and Culture: Landmark Battles in the Rise of Western Power*. Nueva York, Doubleday, 2001.
- _____. *The Western Way of War: Infantry Battle in Classical Greece*. Nueva York, Oxford University Press, 1989.
- HASSIG, ROSS. *Aztec Warfare: Imperial Expansion and Political Control*. Norman, University of Oklahoma Press, 1988.
- KEEGAN, JOHN. *A History of Warfare*. Nueva York, Knopf, [1976]1993.
- KEELEY, LAWRENCE. *War Before Civilization. The Myth of the Peaceful Savage*. Nueva York, Oxford, 1996.

- MANN, MICHAEL. *States, War and Capitalism: Studies in Political Sociology*. Oxford, Basil Blackwell, 1988.
- MCNEILL, WILLIAM. *La búsqueda del poder: tecnología, fuerzas armadas y sociedades desde 1000 d. C.* Madrid, Siglo XXI, 1988.
- MEDINA ECHAVARRÍA, JOSÉ. *Prólogo al estudio de la guerra*. Ciudad de México, El Colegio de México, 1943.
- NAVARRETE LINARES, FEDERICO. “Las dinámicas históricas y culturales de ciclos de concentración y dispersión en las sociedades amerindias”. En Berenice Alcántara y Federico Navarrete (coord.), *Los pueblos Amerindios más allá del Estado*, Ciudad de México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2011, pp. 169-199.
- OLIVIER, GUILHEM. *Cacería, sacrificio y poder en Mesoamérica. Tras las huellas de Mixcóatl, “Serpiente de Nube”*. Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 2015.
- OTTO, TON. “Conceptions of Warfare in Western Thought and Research: An Introduction”. En Ton Otto, Henrik Thrane y Helle Vandkilde (eds.), *Warfare and Society. Archaeological and Social Anthropological Perspectives*, Langelandsgade, Aarhus University Press, 2006, pp. 23-28.
- PARKER, GEOFFREY. *The Cambridge Illustrated History of Warfare: The Triumph of the West*. Cambridge, Cambridge University Press, 1995.
- PÉREZ, VENTURA. “The Politicization of the Dead. Violence as Performance, Politics as Usual”. En Debra Martin, Ryan Harrod y Ventura Pérez (eds.), *The Bioarchaeology of Violence*, California, University Press of Florida, 2012, pp. 13- 28.
- QUEZADA-SANZ, FERNANDO. “El “rostro de la batalla”: nuevas corrientes y problemas en la historia militar antigua y el auge de la novela histórica de tema bélico”. *Habis*, n.º 47, 2016, pp. 325-346.
- RIVERA ACOSTA, GABRIELA. *De cuando se hicieron montaña los cráneos y mar la sangre. La guerra en el Clásico maya*. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Anejos de Gladius, 2024.

- RIVERA-AYALA, SERGIO. *El discurso colonial en textos novohispanos. Espacio, cuerpo y poder*. Woodbridge, Tamesis, 2009.
- SAID, EDWARD. *Orientalismo*. Barcelona, De Bolsillo, 2009.
- SHARMAN, JASON CAMPBELL. *Empires of the Weak: The Real Story of European Expansion and the Creation of the New World Order*. Princeton, Princeton University Press, 2019.
- TOPIC, JOHN Y THERESA TOPIC. “Hacia una comprensión conceptual de la guerra andina”, En *Arqueología, antropología e historia en los Andes: Homenaje a María Rostworowski*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1997, pp. 567-590.
- TRIGGER, BRUCE. *The Children of Aataentsic. A History of the Huron People to 1660*. Montreal, Universidad de McGill-Queen, 1987.
- TRIMBORN, HERMANN. *Señorío y barbarie en el Valle del Cauca. Estudio sobre la Antigua civilización quimbaya y grupos afines del oeste de Colombia*. Madrid, Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, 1949.
- TURNER-HIGH, HARRY. *Primitive War: Its Practice and Concepts*. South Carolina, University of South Carolina Press, [1949] 1971.
- WEBSTER, DAVID. “The Not So Peaceful Civilization: A Review of Maya War”. *Journal of World Prehistory*, vol. 14, n.º 1, 2000, pp. 65-119.